

SOBRE EL GRAN LIBRO

Comienzo por avisar al rebaño de cervantistas que entren en estas páginas con alguna precaución, porque bien puede ocurrir que parte de las ideas expresadas adquieran a sus ojos proporciones sacrílegas, y dejándose llevar por el arrebató momentáneo condenen el libro a eterno fuego, y a su autor, a presenciar la quema. Pero las páginas —todas las páginas— de este libro están dedicadas a una juventud universal, y estoy seguro de que ésta no se incluye en el susodicho rebaño, porque aún vive y respira, esto es, vislumbra horizontes amplísimos cuya línea no oscurece, no puede oscurecer, ningún célebre fantasma.

Me parece casi imposible precisar el número de trabajos que a lo largo de las fechas se han dedicado a estudiar, ensalzar, comentar, y hasta interpretar nuestro Gran Libro. Declaro que conozco únicamente los títulos de esas exégesis, de esos estudios o de esos motivos, y que para pergeñar estas páginas no me he valido más que de la obra inmortal. Esto pudiera parecer un prurito extravagante. Sin embargo, no hay aquí extravagancia que valga. Es más, considero muy lógico que se proceda así. En todas las acciones debe buscarse que predomine siempre un cierto sentido de la propia personalidad. Una de las grandes cosas de Don Quijote es que lleva al descubierto —aun así algunos no la ven— toda la intimidad que puede desarrollar un individuo. Al comentar, al estudiar una obra —y más aún siendo esta obra el Quijote—, las relaciones entre nuestra mente y ella deben manifestarse como líneas rectas, inflexiblemente rectas, cuyo trazado se efectúe teniendo como tema la negación de toda clase de vértices. Yo me lleno de alegría cuando al finalizar mis lecturas cotidianas pongo el siguiente comentario, a manera de resumen: yo no haría esto así. Y me entristezco cuando una débil identidad con la cosa leída me indica que alguien sigue, o siguió ya, análogas ideas a las mías.

Pero hablemos del Gran Libro.

Yo no sé qué clase de libros hemos de gustar con más fruición: si los perfectamente definidos y completos, sin susceptibilidad de cambios ni de semblantes diversos, o aquellos otros que se nos presentan abiertos a todos los juicios, con una realidad diferente a cada espectador y como invitándonos a que sobre sus superficies construyamos castillos deducidos, extrayendo de sus entrañas materia pingüe para los adornos de nuestras creaciones. Entre los primeros están la mayor parte de las tragedias de Shakespeare. Entre los segundos, el más brillante, el más poderoso es el Quijote. Me parece que éstos son infinitamente superiores a aquéllos, y que la sombra proyectada por los autores sobre nosotros sigue inversa proporción. Siempre un Shakespeare —su personalidad quiero decir— será más que un Cervantes. Los dos genios, aquél —su personalidad sigo diciendo— es más grande que éste. Y es que las obras del primero, dígame lo que se diga, son algo que no se presta a comentarios ni divagaciones de ningún género. Representan para todos lo mismo. Shakespeare se impuso e hizo *algo* completo. Cervantes se sacrificó —claro que sin darse cuenta—, y su obra se apoderó de su personalidad, empequeñeciéndola. Y repito que el Quijote será siempre superior, más dignamente inmortal que cualquier tragedia shakespeariana. El espíritu de Hamlet, cúspide con cúspide, no resistirá nunca un parangón muy prolongado con el espíritu de Don Quijote. Después de escrito este libro leeré con curiosidad el estudio de Turgueneff sobre ese parangón. Aunque

me parece que no es Turgueneff quien pueda estudiar muy a fondo esas comparaciones. Shakespeare supo, sin claudicar, hacer que la beocia aplaudiese un arte verdadero. Véase cómo en una de las novelas de Pérez de Ayala una pobre meretriz se emociona ante la lectura de Otelo. Un espectador de elite no sentirá emoción distinta a la de esa meretriz. En cambio, respecto al Quijote, ¡qué diferente la vibración de las sensibilidades! Esa misma meretriz de la novela de Pérez de Ayala, si le leyeran el Quijote, es posible que no hiciera otra cosa que reírse; a lo más, compadecería al *pobre loco*. Le entretendrían todas aquellas historias de amor. De la novela del Curioso impertinente obtendría sabrosas consecuencias. Reiría el subterfugio o enredo de que se valió Basilio para casarse con Quiteria. En fin, otros muchos lances le harían pasar unas horas divertidísimas en extremo. ¿Se atreve a decir alguien que el Quijote llegaba a la pobre mujer? No. Es posible, sin embargo, que a ella llegara Cervantes, pero Don Quijote de modo alguno.

Aquí la clasificación de lector y lector inteligente. Para penetrar en el Quijote es imprescindible llegar a él en silencio y con la cabeza despejada. Y no es que haya que luchar con las marañas de esotéricas filosofías, no. Lo que se presenta ante nosotros es algo más profundo y a la vez algo más claro que eso: es una intimidad, la gran intimidad que puede ofrecer un «órgano» poderosísimo. Es el trasladarnos a las altas cimas donde el espíritu de los hombres se manifiesta con más pujanza que en los valles. Es el ver cómo de entre nosotros surge alguien capaz de arrastrar nuestra atención en sublimaciones de remolino. Aquí del lector inteligente. Porque en el Quijote se da el caso de que el otro lector —el que lee por *matar* el tiempo— encuentra materia para regocijarse muy a sus anchas. Y por eso el Quijote es popular —¡pobre, bien pobre popularidad!— y es celebrado por las multitudes. Supongamos que Cervantes hubiera suprimido en el Quijote todas esas historias de amor y de celos, todos esos episodios mediocres que nada significan, y hubiera relatado las aventuras en otra forma, con seriedad, sin reírse él mismo, como se ríe muchas veces; esto es, en resumen, que el sublime Quijote hubiera salido *completo* y con *personalidad bien definida* de sus manos. Entonces, claro es, resultaría un libro algo esotérico sin duda, lo que los tontos llaman un «tabarrón insoportable», pero la diadema cervantina se cubriría de una gloria más pura que la actual, y decir Cervantes sería como decir El Más Grande Hombre Del Universo. Y la joya, la sublime intimidad quijotesca, adornaría sólo pechos de élite; nadie encontraría motivos de risa, sino de meditación. Estad seguros de que los tontos no harán popular la obra de Gracián ni leerán íntegramente el «Discours de la méthode», de Descartes, por ejemplo.

Pero Cervantes *quiso hacer* una sátira contra los libros de caballerías, se propuso relatar una historia entretenida que divirtiera por igual a una Maritones y a un Aristócrata del Intelecto. Y ver cómo Cervantes llenó cumplidamente su objetivo, esto es, tuvo energía creadora para examinar con minuciosa complacencia el perímetro de su mundo, un horizonte reducido y escaso. Mas en ese mundo reducido cupieron, a pesar de todo, un germen y unas siluetas: El germen y las siluetas de Don Quijote. Y una vez *creado* ese germen y *dibujadas* esas siluetas poco debe importarnos que Cervantes se desviara y quisiera hacer un libro «ingenioso y divertido». Lo sentimos por él, por Cervantes, que sólo hizo una historia amena. Vuelvo a repetir que el Quijote me parece el libro más grande que se ha escrito. Pero esta grandeza del Gran Libro no es tal grandeza si el lector no es un lector inteligente. Prueba clara de la tontería de los iletrados es que aplauden en el Gran

Libro lo que en éste hay de mediocre, lo que se puede hallar en el más ínfimo de los escritores de nuestro tiempo.

Valera combatió con cierta rechifla los propósitos de un tal Benjumea, que decía haber hallado en el Quijote filosofías profundas. No he leído los trabajos del señor Benjumea, como no he leído tampoco ningún estudio o exégesis sobre el Gran Libro, pero sí me parece ridícula la obstrucción que manifestó Valera a esos trabajos hasta llegar a la falta de seriedad en sus críticas. No sé qué filosofías profundas pueden ser éstas. En el Quijote hay la filosofía que existe en todo ser humano. Pero difícilmente un sistema filosófico.

Quedamos, pues, en que Cervantes creó un germen y dibujó unas siluetas. ¡Gloria a Cervantes! Cada espíritu debe hacer de ese germen la plenitud que le parezca mejor. Debe completar esas siluetas, haciendo de ellas un tipo, el Tipo.

De nuestras páginas anteriores parece desprenderse que ese germen y esas siluetas las creó Cervantes inconscientemente. Así es en efecto. Aquí el dicho vulgar de que «mató dos pájaros de un tiro». Con la circunstancia de que el pájaro segundo, el no apuntado, perdió la vida sin darse cuenta su matador. Cervantes persiguió un objetivo. Ya hemos dicho qué objetivo era ése: Satirizar los libros de caballerías y hacer un libro regocijado y ameno. A este pájaro apuntó el autor. Sin embargo, a su vez, hizo también otra cosa: Inició la creación un Gran Quijote.

Hemos de reconocer que abundan en el Quijote momentos en que se vislumbra un órgano creador vigoroso, que casi aplastan las argumentaciones en pro de la inferioridad cervantina en relación con su obra. Pero si bien se mira son simples destellos, más bien formales, como luces internas que pugnan por salir al exterior a través de la gruesa capa de arcilla mediocre. Y estos destellos sublimes, aun frecuentes, deben extrañar menos si se considera que rebullen en el seno de un Libro donde está encerrada la máxima genialidad posible. Declaro que soy poco afortunado en mis metáforas, mas, a pesar de ello, no dejo de exponer que en rasgos generales el Quijote recuerda esos terrenos pobres, de corteza inexpresiva, pero en cuyo fondo, guiado precisamente por esa pobreza y esa inexpresión, un ojo experto percibe riquezas innumerables, valores insospechados para una retina superficial. Supongamos que esa capa telúrica en su forma externa tiene frondosidades cariciosas, o resulta fructífera en grado sumo explotándola agrícolamente, o hay sobre ella jardines de un gusto artístico supremo. Es posible que los ojos de los hombres no fijaran sus miradas en esos provechos y en esas bellezas externas si un minucioso examen científico demostrara la existencia, debajo de aquellas capas veraces, de filones auríferos, de yacimientos de petróleo, o de canteras de sal, etc. Algo así sucede en el Quijote. Yo sostengo que la obra de Cervantes, aun quitándole de su Haber lo que hay de inmenso en el Quijote, esto es, si no hubiera creado el Quijote, se leería hoy al igual que se leen los ingenios de su siglo. Las novelas de Cervantes no son ni mejores ni peores que las de otros clásicos (¿?) que hoy todavía leemos. Esto para quienes creen que Cervantes, sin Quijote, sería solamente conocido por cuatro o seis eruditos.

Como nosotros vamos buscando únicamente la genialidad del Gran Libro, hemos de prescindir de muchas cosas y de muchos detalles. Pretendemos acompañar a don Quijote en sus aventuras, *sólo* en las que realizó por el campo del Espíritu. Y me parece que una de las medidas, la primera medida, es suprimir de cuajo a Dulcinea. Bien suprimida está ya en el Gran Libro, pero es el caso que figura como la cúspide adonde se dirigen los pensamientos, suspiros y hasta la personalidad íntegra de don Quijote. Podemos prescindir de ella y hacer

que nuestro héroe se encomiende de «todo corazón» al Gran Espíritu, de quien no es más que una dependencia bien mimada y un mucho predilecta. La mujer resta seriedad y profundidad a nuestras reflexiones. Dulcinea no existe. Si Cervantes, en vez de tener el acierto de no presentar a Dulcinea en el Gran Libro, hubiera hecho de ella un ser tan real como Sancho, la gran genialidad del Quijote estaría muy lejana y recóndita, casi inexistente. Véase, pues, si tiene importancia y es delicada la cuestión de Dulcinea.

Por eso este libro quizá resulte breve, muy breve. Hemos de ser implacables en la selección. Don Quijote se encontró con muchas aventuras, pero pocas de ellas se realizaron en los terrenos del Espíritu, y sólo éstas nos interesan.

Ante todo y sobre todo, estamos seguros de que a ningún lector se le vendrá la risa a los labios, porque aquí no caben comicidades, y no seguimos en el Gran Libro más que la vena seria, muy seria, que existe en él, aunque muchos tontos no lo crean.

Me cuentan que un catedrático de una famosa Universidad española gritó allá a fines del siglo pasado, a raíz de ciertos desastres estrepitosos, una frase que yo pongo sólo en los labios de un monterilla algo patriota, pero nunca en los de todo un catedrático que se ha distinguido siempre por una selección espiritual a toda prueba. Ese grito fue el de «¡Muera don Quijote!». Quiso decir: No más ansias imperialistas, no más locas aventuras. Pero bien pudiera haberlo dicho con estas palabras, sin profanar al Gran don Quijote que nada tiene que ver en estas mezquindades de ruina de países o de posesión de tales o cuales colonias.

Es un error grandísimo el mezclar equivocadamente conceptos y energías que no tienen ni pueden tener entre sí relación alguna. Don Quijote visto en el terreno adonde lo quería llevar ese catedrático, no pasa de ser un pobre loco a quien no se le debe hacer caso. No se dirige el espíritu humano exclusivamente a evitar las ruinas de naciones o a conseguir que todos tengamos automóvil. Hay aquí un error muy grande. Lo que sucede es que la fuerza del espíritu, o sea de un hijo del pensamiento, es tan inmensa que los pigmeos de la ciencia o de la política se apoyan en ella para el logro de sus objetivos.

Desdeñemos en el Quijote lo anecdótico, lo pintoresco, lo que hace reír. Hay que penetrar en él con una desnudez de Espíritu paralela a la intimidad del Gran Libro. De otra forma no se conseguirá nada, porque el brillo permanece invisible, envuelto en nebulosas y negras.

La primera vez que leí el Quijote, ya en serio, con una atención que casi rayaba en culto, teniendo sólo como precedentes la lectura escolar de una edición hecha para los niños, declaro que lo hice con un temor grande. Las mismas frases apologéticas, tan oídas y prodigadas en toda clase de ambientes, producían en mi espíritu un hondo revuelo. Y era que el fundamento de esas frases no me parecían síntomas muy seguros de una alta genialidad. Y al final de esa primera lectura, he de decir, a fuer de sincero, que me entraron deseos grandes de escribir un libro arremetiendo contra lo que hoy llamo el Gran Libro. Hasta emborroneé unas cuartillas, papeluchos vacíos de ideas y de conceptos apreciables. No pude poner en ellas otra cosa que unos cuantos lugares comunes, pertenecientes a una sátira vulgar muy al uso. Nada de ideas serias ni de juicios que pudieran representar una crítica sensata. Mi espíritu se envolvía en sombras al pretenderlo. Y este fracaso fue el que me hizo repetir la lectura del Quijote, si era posible con más fijeza y atención que la otra vez. Antes puse en gruesos caracteres al final de las cuartillas emborronadas: Quien detesta un libro y no tiene talento para señalar las causas de su actitud posee una sensibilidad mediocre.

De aquí obtuve la consecuencia de que mis propósitos de negar al Quijote eran, más que un absurdo, casi una tontería. Las tonterías, y los tontos claro es, se mueven en un círculo donde el pensamiento no existe. Por eso ningún tonto sabrá explicarse nunca por qué dice tonterías. Claro que precisamente por ser tonto pretenderá pocas veces explicarse nada. Pero no todo el que dice tonterías es tonto. Y no sigo porque el señor Unamuno me va a llamar plagario, y nada hay en el mundo que me hiera con la magnitud que este adjetivo.

Consecuencia de mi segunda lectura y de otras posteriores es este libro. Yo vi un Quijote, mi Quijote, y es esa visión la que me alumbra a lo largo de estas páginas como un faro inagotable. El torrero de ese faro no es otro que don Quijote, el verdadero, el que para muchos permanece en la eterna noche desde antes de nacer, que va aprobando con gestos afirmativos la osadía de mis propósitos. He dicho el verdadero, y quizá resulte más apropiado decir el superior Quijote, el más grande, el que se eleva por encima de tantos otros Quijotes que están locos, de una locura ridícula y mezquina.

Y quede aquí el hablar del Gran Libro para emprender la parte más profunda de nuestra tarea.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Quijote_004